

Recorriendo estas tierras veo, consternada, cómo quedan aún gentes hacinadas, que ignoran las más elementales condiciones de salubridad e higiene. Mujeres que esperan chiquillos o chiquillos que esperan el mejor cuidado de una madre a quien sólo guía su instinto, lleno de amor y de torpeza que lo malogra. Excuso decirte los procesos gastrointestinales que hemos de corregir o de evitar en esta estación calurosa, pero ningún esfuerzo lo parece cuando, comparando el índice de mortalidad infantil de este año con el de los pasados, se observa que ésta ha disminuído casi en un cincuenta por ciento.

Se nos presentan casos de resistencia a las vacunas, por parte de las familias de los niños, que hay que vencer por procedimientos casi heroicos. Más madres, sin más visión de la vida que una casuca de ladrillo y tierra, dos gallinas y un cerdo, defienden a sus chiquillos de la inyección preventiva mientras lo exponen a toda clase de infecciones por descuido. Cuestión de habilidad para convencerlas, y en algún caso, de argucias para obligarlas. ¡Si te digo que en alguna parte hubo que amenazar con recoger las cartillas de abastecimiento a quienes no presentasen a sus criaturas!

Llevamos también una campaña interesantísima de divulgación sanitaria sobre el tracoma. Por apatía y abulia, estos pobres hombres, de tan corta vida mental, y entre los cuales se habían dado algunos casos, no asistían al Dispensario.

Estos días tuvimos un caso «a lo Mau-passant» que me impresionó fuertemente. En un picacho de la Sierra, lejos casi de ese foco modesto de vida que es un pueblo, alguien nos avisó que una pobre mujer se moría. Tuberculosa descuidada, había degenerado en una meningitis. Y en su tabuco aislado había tanta miseria —¡de la que corre!— que nadie quiso acudir... Y allí, pocilga, dolor, contagio... ¡seis chiquillos!... La pobre, dejando a la tierra su miserable envoltura física, tan carcomida ya, ¿en vida?, por todas las carroñas, irá pronto a darle a Dios cuenta de su mezquina existencia. Pero ya su chamizo está limpio. Don Fermín, el sacerdote, le ha llevado los Santos Oleos. Y los chiquillos, aislados, inconscientes, mondos y lirondos, atendidos y limpios, parecen, en la Guardería, unos chiquillos de verdad...

Sacrificio y severo silencio predicó a la mujer José Antonio. Pero aquí no hay caso. Porque es lo cierto que si los egoístas conocieran el intenso placer de vencerse y acrecentar la propia estimación, pecarían de nuevo por envidia.

Te quiero mucho.»

MADRID, VERANO

...Estoy encantada. El propio Doctor Larrú ha comunicado a nuestro Delegado de Sanidad su contento por la tarea que vienen desarrollando las Enfermeras Visitadoras en la vigilancia constante sobre la Puericultura, recorriendo las casas humildes, aconsejando e instruyendo a «quien lo ha menester».

En mi barriada había infinidad de niños pretuberculosos y raquíticos, por falta de cuidados, aire y sol. La Regidora local los ha recogido, y con donativos particulares ha comprado unas cuantas hamacas, en las que reposan todo el día, al sol de las terrazas de nuestro Dispensario. Cambian de aspecto y mejoran con una rapidez increíble. Las madres están locas. ¡Si vieras cómo nos quieren, Y qué alegría la nuestra al ver encauzadas estas vidas que empiezan, suprema esperanza de un país convaleciente, cosecha fructífera y sana del mañana español.

Tantos chiquillos cuyos destinos son otras tantas incógnitas. Bella tarea la nuestra: hacer al niño capullo y brote para que sea tallo, mimos, ternura y caricias, con abundancia pero con delicadeza, como reclama su naturaleza, como corresponde a un espíritu y un cuerpo en formación.

¡Qué lejos todo este postulado nuestro de aquel Centro de Maternidad que visitaba Czerny y que le hizo pensar «que allí se cuidaba más a los microbios que a los niños».

ESPERANZA
RUIZ CRESPO



Editado por la Regiduría Central de Divulgación y Asistencia Sanitario-Social, y bajo el epígrafe «Lucha contra la mortalidad infantil», se ha publicado este utilísimo folleto. La Sección Femenina ha iniciado ya el reparto de miles de ejemplares por toda España.

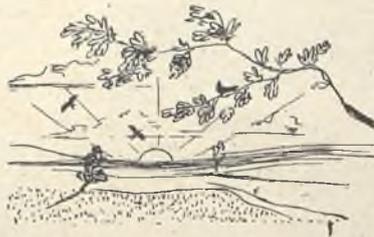
Lo que deben y no deben hacer los niños según su edad; las cuestiones relativas al alimento y al reposo: horarios, evitación de contagios y enfermedades, y demás importantes tareas higiénicas de la madre se indican en este folleto con lograda claridad. Los textos son expresivos, bien compuestos, con una tipografía espaciada, ilustrados con dibujos para su mejor inteligencia. Son tan sencillos, comprensibles y contundentes los ejemplos y consejos aducidos, que no dudamos de los inmensos beneficios que ha de reportar esta nueva publicación de la S. F. para atenuar uno de los peores males de España: la mortalidad infantil.

EL RUISEÑOR Y LA ALONDRA

I

Con precipitación de huida, la noche extiende sus brazos y de aquí y de allí recoge los clavos de brillantes que sostienen sobre la bóveda celeste su manto de oscura gasa azul.

Con rapidez de raptor envuelve el casto desnudo — plenilunio marmóreo — de la luna, de suavidad palpitante, de perla, y aléjase con ella



hacia donde sus sombras y los rayos de plata de la dama nocturna han de ser necesarios.

Ellos coronarán ensueños de poesía de acaloradas mentes, y bajo su

luz abrirán los idilios sus corolas fragantes.

Por su ausencia, el rocío sobre los pétalos de las flores queda cuajado en lágrimas, y el ruiseñor llora su marcha y con sentidos arpegios entona un triste adiós.

II

Precedida por suavísimos tonos violáceos y un rosa pianísimo, se acerca la aurora en alegre danza de muy lento ritmo, sobre sus pies breves, de blancura nívea, que trézanse y destrézanse ante las sinfonías y los albores del desperezo paulatino de la Naturaleza, en su canto triunfal de vida intensa y magnífica.

El sol, elevándose sobre las puntas de sus pies, tímidamente, asoma su dorada faz por Oriente, al tiempo que nos envía un tibio beso a su llegada, mientras la alondra, alegre y vocinglera, abre la marcha con su canto brillante al amanecer del nuevo día.

ASCENSIÓN MUNTAÑOLA.